



DIEGO LÓPEZ ESTREMS, *El ala del asombro*, Círculo Rojo, Almería, 2018, 69 pp. ISBN: 978-849183710-7.

El ala del asombro es la cuarta obra que ha publicado Diego López Estrems (Valencia 1968), un poemario que en realidad son dos: el primero, con el mismo título que la obra general, y el segundo, *Terrible cristal*. Han pasado casi veinte años desde que el poeta publicó *Las cosas necesarias* (1999), el que era su último libro, veinticinco desde *Poemas* (1993), el primero, y entre los cuales se encuentra *Vísperas del gozo* (1997). Estos datos bibliográficos no son prosaicos, lo sabemos. Sus tres primeros poemarios se publicaron entre los veinticinco y los treinta años, una época de juventud, y diríamos también, de plenitud. Una edad en la que uno es joven, aunque no tanto. Ahora bien, pasados prácticamente veinte años desde su último libro, “en los umbrales de la quinta década de existencia”, una edad en la que uno es joven pero no tanto, ¿cuál es el sentido de publicar de nuevo un libro de poemas? Aunque no estemos en condiciones de precisarlo, sí podemos decir que este es un libro de madurez. Pero si es así no es porque el autor haya llegado a los cincuenta, sino porque le han sucedido algunas cosas. Podemos suponer que en estos veinte años ha fundado una familia, lo delata la dedicatoria del poemario, pero también ha sufrido la pérdida, la presencia de la muerte, la hora grave. Esa muerte que no es propia, pero nos roza, la vemos pasar por la casa familiar o por la clínica hospitalaria, y uno no puede hacer nada, o apenas nada. Y en este apenas nada cabe traer a la memoria la imagen de la vida, el recuerdo expresado en “El ala asombrada”, el primer poema del libro que concluye con la siguiente estrofa:

Solo queda sentarme frente
al rincón de ausencia
antes que mi propio deshacerme
me impida recordarte.

La contraposición entre el ayer y el hoy, el pasado, la memoria, la evocación, el olvido, y en resumidas cuentas, la muerte son temas recurrentes en los poemas del libro, como en “Instantes me faltan”, donde el poeta recuerda a los muertos que conoce y al mismo tiempo sabe que los está olvidando porque “tanto se parecen a sí mismos / que empiezo a temer su transparencia”; o en “El tiempo no pagará nuestro rescate”, donde acepta el olvido absoluto de todos los hechos de la vida humana,

pensando en “todo lo que aprendiste un día de memoria / y duerme ahora el largo invierno del olvido”.

Tratar estos temas es algo natural cuando uno se da cuenta del sentido generacional de la vida, un sentimiento que quizá no se asume todavía plenamente en la juventud y por ello encontramos algo distinto en *El ala del asombro* a todo lo anterior. Es cierto, la muerte está en *Poemas*, y el mismo autor nos lo advierte en la contraportada, pero es una muerte viva, pasional, tal vez redentora. Es otra muerte ahora, una muerte madura, asumida y pensada, la muerte del que se da cuenta de que ha empezado a morir, porque dedicar un poema a un difunto –y hay más de uno en el libro– no es solo un homenaje a la vida del ahora ausente, sino, definitivamente un ensayo de epitafio propio. Si este es el rostro humano de la muerte, el de la pérdida y el olvido, del mismo modo ha cambiado su rostro divino, el Dios cristiano, semejante a la divinidad poetizada de Blas de Otero, una parte imprescindible, constante en los poemas de juventud ya no está presente de la misma forma. El poeta ya no declama, no se dirige a un Dios omnipotente y arrebatador, pero aún así continúa estando. Solo se dice su nombre en tres poemas, y si se dice es precisamente porque no puede omitirse. Así, en “Hacia el lado más obtuso” el poeta, sabiendo que algún día morirá, termina por confesarse:

Dios, antes de amarme
has de saber que soy
el peor de los hombres que conozco.

152

Aunque Dios solo es nombrado en tres ocasiones, siempre está ahí, no en vano la última palabra de *Terrible cristal* es milagro, del poema “Fue una tarde de verano”. Es el milagro de un Ti que no sabemos si es Dios o Ángel, tal vez porque ahora, ya no se distinguen.

Pero no nos equivoquemos, López Estrems no es un pesimista, sus palabras no reflejan esto, porque a pesar de todo, el amor humano y divino terminan por salvar su existencia, y la de todos. Y no solo el amor, también la posibilidad, aunque siempre amenazada del recuerdo, y en definitiva, el asombro, la palabra que posibilita y condiciona la experiencia poética y vital.

como conclusión, todos estos planteamientos hacen inevitable una pregunta: ¿es el autor de *El ala del asombro* un místico? El hecho de no poder afirmar nada al respecto no impide decir que hay una mística en su obra, una mística que responde a una comunión – o conciliación – con los elementos de la vida de un ser humano: el amor, la ausencia, el recuerdo y la trascendencia. Y por esto mismo justamente *El ala del asombro* es un libro de madurez, que no de certeza –el poeta sigue vistiendo su “vieja camisa de preguntas”–, porque un hombre que a las puertas de los cincuenta no haya encontrado comunión será un desgraciado. Por fortuna Diego López Estrems no lo es.

Iván Civera Martínez